

misterio, bajo las simples especies del pan, ha ocultado Él su belleza divina y humana, con el fin de comunicarla á nuestras almas; y á medida que éstas participan de ella por su divina gracia, reciben también nuestros cuerpos su reflejo visible. Todo el bien que vemos y nos agrada en el rostro del hombre es un beneficio de Cristo, que es el inspirador y el modelo de toda virtud, la luz de todo entendimiento y la fuerza de toda voluntad. Él es la pureza de las vírgenes, la castidad de la esposa, la ternura de las madres y la majestad de los ancianos; brilla y resplandece, así en la sonrisa de la inocencia como en las lágrimas del arrepentimiento, y no hay ruinas que Él no repare, ni fealdad que no transfigure.

Sin embargo, nosotros no vemos todavía todo lo que Él obra en nosotros, pues sobre ese punto se ocupa secretamente en una obra de la que intenta sacar su gloria. Prepara á las almas á quienes quiere unir con su divinidad, las forma y las purifica; talla y pulimenta los diamantes que sirven para edificar la Jerusalén celeste; los hace aptos y dignos de recibir los esplendores de la visión beatífica; y cuando su trabajo esté terminado y se hayan pasado los siglos, será Él mismo el sol hermosísimo de todas esas maravillas del arte divino, la belleza de todas las bellezas, y todas serán una misma cosa en Él y le contemplarán arrobadas de un éxtasis infinito.

JESUCRISTO, MAESTRO DEL ARTE CRISTIANO

Liturgia. — Canto gregoriano. — Simbolismo. — Unidad y perpetuidad del arte cristiano

Por su vida misma, tan ejemplar y divina, manifestó Jesucristo la belleza suprema y restableció en el hombre la semejanza divina. Quiso enseñar á hacer y practicar lo que Él había hecho, y de esa manera abrió en la Iglesia la gran escuela del arte cristiano.

Ese arte es el arte de Cristo, ó, lo que es lo mismo, la íntima y perfecta unión del arte de Dios y del arte del hombre; y todo el que quiera aprenderle debe seguir las lecciones del Maestro é imitarle en todas sus obras. El mismo Vasari reconoció la necesidad de ello, y en medio del entusiasmo sincero que le inspiraban los cuadros de Fra Angelico, atribuía su mérito á la santidad del pintor, y citaba estas palabras del mismo, que son la verdadera teoría del arte cristiano: «Aquel que hace las cosas de Cristo debe estar siempre con Cristo. *Chi fa cose di Cristo, con Cristo deve star sempre.*»

Mas para estar y vivir con Cristo es necesario permanecer unido á su inteligencia y á su voluntad por medio de la verdad y del amor. El Cristo es el inspirador de lo alto, á quien los antiguos filósofos deseaban y llamaban con sus votos y plegarias; y si la doctrina de Platón, último fulgor de la primitiva revelación, iluminó el genio de Fidias y le inspiró obras maestras,

¿qué no hará la luz esplendente del Verbo iluminando la inteligencia del hombre y mostrándole los infinitos horizontes de la verdad? El artista que con ella sea favorecido, no solamente poseerá las verdades accesibles á la razón, sino también las verdades sobrenaturales de la fe, que él creará y amará, fundado en la palabra del Maestro. En lugar de esas creencias variables, inciertas é individuales de las religiones antiguas, el arte cristiano tiene el Credo para recibir de él su vuelo y su inspiración porque ese símbolo encierra los secretos de nuestros destinos y toda la ciencia del pasado, del presente y del porvenir, puesto que nos hace conocer á Dios, nuestro principio y nuestro fin, y también nos enseña los medios que Nuestro Señor ha tomado para unirnos á Él y para hacernos participantes de su dicha y de su gloria.

El amor completa la ciencia, y hay cosas que él solo puede comprender. Cuando la ciencia se detiene en presencia del misterio, se coloca allí el amor para seguir á Jesucristo; y cuanto más se aumenta en nosotros el amor de Dios, dice San Agustín, más se aumenta también la belleza, porque la caridad es la belleza del alma.

El arte antiguo no amaba á sus dioses, y se limitaba á honrarlos y á temerlos. Solamente el pueblo judío era el que tenía cantos de ternura para su Dios, el cual no se parecía en nada á los dioses de las naciones; pero aún así, todavía vivía él bajo la ley del temor, y fué preciso que viniese Nuestro Señor Jesu-

cristo para darnos la ley de amor. El temor de Dios es el principio de la sabiduría, y el amor es la perfección de ella. El artista ha podido decir á Dios como San Agustín : «Yo os he amado muy tarde, Belleza siempre antigua y siempre nueva, yo os he amado muy tarde. Vos estabais en mí, y yo me alejaba; y por otra parte, yo os buscaba, y me perdía entre las cosas bellas que Vos habíais hecho.»

El amor de Dios es la gran inspiración del arte. El arte amante de Dios canta, edifica y busca con el cincel y con el pincel la manera de glorificar á Aquel á quien él ama, y quiere alcanzar que sea también amado de los demás.

Dando Nuestro Señor al arte cristiano su ciencia y su amor, le ha unido estrechamente á la Iglesia y le ha hecho vivir de su misma vida por medio de la liturgia. La liturgia es al arte cristiano lo que la lengua es al hombre; y así como el hombre en su palabra tiene un arte vivo y personal que manifiesta más claramente sus ideas que todos los medios exteriores, y con él forma la locución, y hace que sus pensamientos se presenten sensibles y visibles á sus labios, en su expresión y en su gesto, así también la liturgia es la palabra, el gesto, la expresión y manifestación de todos los primores y hermosos ideales que encierra el arte cristiano, y las artes exteriores, la arquitectura, la escultura y la pintura, no son más que el adorno y decoración de ese mismo arte.

La liturgia es la forma del culto y la regla de la oración, del

sacrificio, de los sacramentos, de las ceremonias y de las fiestas de la religión. Ella es el arte de la Iglesia que adora á Dios, que le implora favores y que le da gracias, y, por consiguiente, es el arte por excelencia.

La oración litúrgica está inspirada por el Espíritu Santo, y la Iglesia la toma del Antiguo Testamento, del Evangelio y del corazón de los fieles. ¿Puede darse fuente más pura y más abundante de ella? ¿Qué humana literatura ofrece tanta belleza como los libros del Antiguo Testamento? ¿Qué historiadores, qué poetas ó qué filósofos podrán compararse á un Moisés, á David, á Salomón y á los Profetas? Las palabras suyas son precisamente las que presta la Iglesia á nuestro corazón y á nuestro espíritu para que expresemos nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Todavía es superior el Evangelio, cuyo estilo es verdaderamente encantador y divino, y á la vez es tan sencillo como sublime. Él es como la luz que encierra todos los colores, sin tener en particular alguno de ellos, y que los hace aparecer y derramarse sobre todos los objetos de la naturaleza. El Evangelio esclarece y anima todas las lenguas, sin tener el carácter especial de ninguna de ellas, para poder así acomodarse y armonizarse con el genio de todos los pueblos.

Los sagrados libros no son solos el tesoro de la plegaria litúrgica. La Iglesia, como la Esposa del cántico, ofrece á Dios frutos antiguos y frutos nuevos. El arpa de David no ha permanecido colgada de los sauces en los ríos de Babilonia, sino

que de las manos de los profetas pasó á las de los santos de la nueva alianza; y María se sirvió de ella para glorificar al Señor, y el anciano Simeón para regocijarse de la salud de Israel. San Ambrosio y San Agustín han sacado de ella sublimes armonías, y las generaciones se han legado sucesivamente unas á otras ese divino instrumento para hacer resonar los dulces ecos de él bajo las bóvedas del santuario. Prudencio, Fortunato, Adán de San Víctor, Inocencio III, Santo Tomás de Aquino y otros muchos genios eminentes han enriquecido la liturgia cristiana con himnos, con antifonas y prosas, en las que el alma encuentra la expresión de su fe y de su amor. La Iglesia cuenta todavía en nuestros días con poetas inspirados que celebran sus victorias y sus nuevas festividades.

La liturgia nos ha conservado la música antigua para acompañar su oración y entonar su plegaria. Los antiguos consideraban la música como un arte divino que había presidido la formación del universo y lo había dispuesto todo con orden y unidad. Ella era la que regulaba el curso de los astros, cuya armonía pretendían ellos oír y comprender; ellos la atribuían la civilización de los pueblos y la edificación de las ciudades; los filósofos la proclamaban como el principio de la gracia y de la belleza en el hombre, y la recomendaban tanto para la educación del alma como para la formación del cuerpo. Ella fué, sobre todo, consagrada al culto de los dioses, y como por su naturaleza era independiente de las formas del error, puede crear-

se que conservó, aún en medio de la idolatría, las bellezas y atractivos que había recibido de la religión primitiva. Sin duda que tuvo que sucumbir á la influencia de las pasiones humanas en épocas de decadencia, y por eso se la ve prestar sus armonías en los banquetes de Anacreonte y en la relajación de los romanos degenerados; pero, sin embargo de eso, perpetuó sus antiguas melodías en los cantos sagrados de los templos y de las fiestas públicas.

Jesucristo, el Orfeo de las catacumbas, purificó y bendijo el instrumento profano, y la Iglesia no tuvo que hacer más que dar palabras á esa música, tan digna de ser cristiana por su sencillez y por su nobleza. San Gregorio el Grande tuvo la gloria de compilar todos esos cantos primitivos adoptados por la Iglesia y de enriquecer con ellos la liturgia romana. El canto gregoriano es ciertamente la forma más bella y más verdadera de que puede servirse el alma para expresar y declarar á Dios su fe y su amor, pues en él la palabra inspira al canto y el canto vivifica la palabra. Ese canto sabe adorar y orar sin abusar de los sonidos y de sus armonías; tiene la sobriedad de la ornamentación griega, que ni interrumpe la línea ni el buen tono, ni altera tampoco la superficie y atractivo exterior de la consonancia, y, finalmente, ni admite lo que pueda haber de frívolo en las alegrías, ni tampoco lo que pueda haber de exceso en el arranque y ardor de las pasiones. No se parece á las iluminaciones de nuestras fiestas, sino á la purísima luz de un claro y

hermoso día. San Bernardo expresó las reglas á que obedece en una de sus homilías. «En cuanto al canto, dice él, conviene que esté lleno de gravedad; que evite así la languidez como la dureza; que, sin ser frívolo, sea agradable; que encante los oídos para tocar y mover el corazón; que aleje la tristeza y aplaque la cólera, y, sobre todo, que no altere el sentido de las palabras, sino que le haga más provechoso y fecundo, porque sería un gran perjuicio para el alma el que la frivolidad del canto la impidiese aprovecharse del sentido y significación de las palabras, y el que la hiciese fijarse más en la voz que en la verdad.»

El canto gregoriano no es esclavo en el compás que guarda, sino que sigue libremente la frase de la prosa ó la simetría del verso, y no se atiene al ritmo del número, sino al del pensamiento, lo que se distingue perfectamente en la poesía de los hebreos. Él se encierra con dignidad en la octava y deja á los sonidos toda su extensión y plenitud; y su movimiento se revisita de una nobleza y de una expresión tan propias y legítimas, que de suyo revelan la divinidad. Se contenta con la unisonancia, la primera y más sencilla de las armonías, porque quiere ser accesible á todos. Es el canto de la unidad, de la caridad, y el canto de los que no tienen más que un solo corazón y un solo espíritu. Su sencillez, su dulzura y su suave pausa no disminuyen en nada su poder, muy superior al de la música profana. El alma pura que canta entra en el alma que la escucha,

para hacerla mejor y para llenarla de pensamientos celestiales. Su belleza no excluye la variedad, y hay cantos de alegría y cantos de dolor; pero todos esos cantos están siempre llenos de

IN DIE NATIVITATIS DNI
STA AD SCM PETRIM
P UER NATU EST NOBIS
P Cantare dno et AD. Nomine sedre
RG Videtur om nes fines ter
rae salutare de i noferu
in bilate deo om nis ter
rae
V Nominem secretum
do
my saluare re suum aixe
conspicuum gentium re uela uri
vltu tram suam
Amen

Lámina 145.—Facsimile de canto gregoriano con la anotación antigua, conforme al Antifonario de San Gregorio, manuscrito de Saint-Gall, que data del año 790.

amor, que llegarán á ser cantos de gloria cuando todos los bienaventurados no formen más que un eco, un órgano divino, del que el Cristo, Músico supremo, sacará una eterna armonía.

La forma más sublime de la oración litúrgica es la santa Misa, pues el sacrificio augusto del altar es el centro de la religión y el punto de unión entre el cielo y la tierra. Ese drama divino entre el Criador y la criatura renueva todos los misterios de la Encarnación y de la Redención, y el que le medita á la luz de la fe no puede ménos de ver en él un prodigio del amor de Jesucristo y la salvación eterna del mundo.

Tiene la liturgia, como la tierra, un doble movimiento: un movimiento cotidiano y otro anual, y ambos la guían y conducen de una manera regular á los mismos puntos del cielo. Diariamente gira sobre su eje, que es el altar, y santifica todas las horas con el sacrificio de la Misa y con el oficio que la acompaña; y también todos los años ejecuta una completa evolución alrededor de Jesucristo, que es su centro y su esplendente sol. Jesucristo, que es inmutable en su gloria, nos envía del seno de su Padre, juntamente con los rayos luminosos de su gloria, los recuerdos de su vida mortal. La liturgia recorre el círculo luminoso de ella, y, según los puntos por donde pasa, tiene sus meses y sus estaciones, que renuevan para la Iglesia los grandes y gloriosos aniversarios de su historia. En ella también lo que es visible está revelando lo invisible, y la acción del sol sobre la tierra es la imagen de la acción de Cristo sobre las almas. Las noches tan largas de los últimos meses del año representan la esperanza de las naciones y los deseos de los fieles; y en la fiesta de Natividad, día en que el astro que debe animar

la naturaleza sube sobre el horizonte, es cuando el Emmanuel se aparecía en su cuna. Su vida oscura se le pasa en medio de los rigores del invierno, porque era necesario que la semilla divina muriese para reflorar en la primavera. La tristeza y penitencias de la cuaresma y los dolores de la Pasión preceden á las solemnidades de la Pascua, y el trigo de los escogidos sale del sepulcro, y con el fuego del Espíritu Santo, como con los calores del verano, se madura y proporciona una rica y abundante cosecha. Cuando el otoño ha dado ya todos sus frutos celebra la Iglesia la fiesta de Todos los Santos, á quienes el Padre de familia ha recogido en sus graneros celestiales.

El sol de justicia no es el solo astro que hay en el firmamento, sino que le rodean otros muchos y le adoran, y brillan en el ciclo litúrgico con sus diferentes y variadas luces. Esos son los santos en la gloria; la Virgen, que los excede y supera á todos en resplandor; los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes, que proyectan sobre la tierra los dulces rayos de sus ejemplos y de sus virtudes. De ese modo cada estación, cada mes y cada semana del año tiene sus bellezas, sus flores, sus galas, y la Iglesia, en su movimiento circular, tiende constantemente hacia su centro y se acerca de siglo en siglo al día sin fin de la eternidad.

La liturgia es la vida, la inspiración y la regla del arte cristiano. Sus libros, el *Misal*, el *Breviario*, el *Ritual*, el *Pontifical*, deben ser los guías y los manuales del artista que quiera

glorificar al Señor. En ellos se encuentra, no solamente la doctrina en toda su pureza, sino también el simbolismo en toda su perfección. El simbolismo de las antiguas religiones llevó su influencia á las artes, y así vemos que el arte griego debió, sobre todo, su superioridad al simbolismo que tomó de la forma hu-



Lámina 146.—La Misa milagrosa de San Gregorio el Grande (del siglo VI), representando la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.—Miniatura del siglo XV. Bibliot. de M. Ambr. Firmin-Didot.

mana. El simbolismo del arte cristiano es de una riqueza incomparable; la historia y la naturaleza entera le proporcionan imágenes, no para ocultar la verdad, como sucedía en los misterios paganos, sino, al contrario, para manifestarla y hacerla comprensible al pueblo.

El simbolismo es el gran medio para evangelizar á los pobres, y Nuestro Señor se sirvió de él para darse á conocer en el mundo. Él se presentó y se nos anunció como la luz que ilumina á los hombres, como el cordero que debía ser sacrificado, como el pan bajado del cielo, como la viña de la que nosotros somos los vástagos, como la piedra angular, la roca inquebrantable, el labrador que siembra la buena semilla, el padre del hijo pródigo, y, en fin, como el verdadero pastor que da su vida por sus ovejas. No tiene la Iglesia necesidad de inventar ficciones para representarle, porque Él se ha pintado á sí mismo en el Antiguo Testamento. Él ha preexistido en los patriarcas y en los profetas, como existe todavía en aquellos que siguen sus huellas, ejemplos y doctrina. Es el justo Abel, Noé en el arca, Abraham, padre de los creyentes, el verdadero Isaac, José entregado por sus hermanos, David victorioso y Salomón en su gloria y en su sabiduría.

La Biblia y el Evangelio rebosan de simbolismo, y la liturgia le derrama en todas sus oraciones, en todas sus ceremonias y en todos los objetos destinados al culto. Léanse las bendiciones y los ritos con los cuales se consagran á Dios las personas y las cosas, y se verá que la liturgia, con sus santas palabras y signos, espiritualiza y transfigura toda la naturaleza. El agua, el fuego, el aceite, la cera de las abejas, las flores, el velo de las vírgenes, la cama nupcial, la espada para el combate, la reja del arado, la bandera de la patria, la semilla del labrador, el

polvo del sepulcro, todo, en una palabra, recibe de la liturgia una belleza encantadora y sobrenatural. La liturgia es verdaderamente el arte cristiano viviendo en sus pontífices y en sus ministros, y es la reina y la maestra de las demás artes. Da á la arquitectura su programa, sus planes y su ornamentación, dirige sus líneas y sus proporciones, presta una significación á todas sus piedras y reviste de poesía sus pórticos, sus ventanas, sus bóvedas, sus arcos y sus torres. Atribuye un poder divino á las campanas. La escultura y la pintura reciben de ella su misión, sus objetos, sus formas, sus adornos y sus colores. El arte es una parte del culto y vive de la vida de la Iglesia.

Por su unión con la Iglesia, el arte cristiano goza de sus tesoros, como disfruta un hijo de la fortuna de su madre. Él conoce por razón de esa unión la verdad en toda su certeza, y se asegura de la unidad de doctrina por la infalibilidad pontificia. El arquitecto cristiano edifica sobre la roca inquebrantable, y el pintor y el escultor expresan verdades que jamás logrará borrar el tiempo. El arte cristiano es católico como la Iglesia, y por todas partes serán recibidas y comprendidas sus obras. Los misioneros llevarán sus imágenes hasta los confines de la tierra, y hallarán para ellas miradas de piedad y de simpatías. El tiempo no tendrá para él límites ni espacio, y la religión le asegura su perpetuidad. Concibe un artista el plan de un edificio, y apenas puede abrir sus cimientos; pero los siglos serán sus obreros, que vienen en pos de él para construirle; el pincel y el cincel le

adornarán con obras maestras y con todas las galas de la belleza, y todas las generaciones vendrán á ponerse de rodillas y á prestar su adoración á Dios en el templo que aquél concibió y principió para consagrarle al Señor.

Si viene alguna violenta revolución de la naturaleza ó de la sociedad á destruirle, la arqueología católica visitará algún día sus ruinas y se encargará de renovar y de reproducir sus bellezas; una mano piadosa sacará tal vez de entre los escombros alguna imagen santa y veneranda para volverla á colocar en el santuario, y Dios la hará célebre por los milagros de su poderosa misericordia. El pintor de las catacumbas que trazó sobre el sepulcro de los mártires símbolos de paz y de resurrección no pensaba quizá en una tan lejana y distante posteridad, y hé aquí que la ciencia contemporánea se dedica con ardor al estudio de esas antiguas imágenes, y así la Iglesia da en ello una prueba evidente de la santidad de su fe y de la perpetuidad de sus dogmas y de sus misterios. Nosotros ignoramos los nombres de esos antepasados del arte cristiano cuyas obras nos instruyen y conmueven aún á través de los tiempos, pero los conoceremos algún día. El cielo será un gran museo del arte cristiano. Los griegos decían que el arte era una virtud; y ¿á quién mejor conviene ese nombre que al arte cristiano, que adora, que ora y que enseña? El Cristo, el supremo Juez, que recompensa todo lo que se hace por Él, glorificará á los que le han glorificado y honrado en su belleza; y toda vez que nosotros

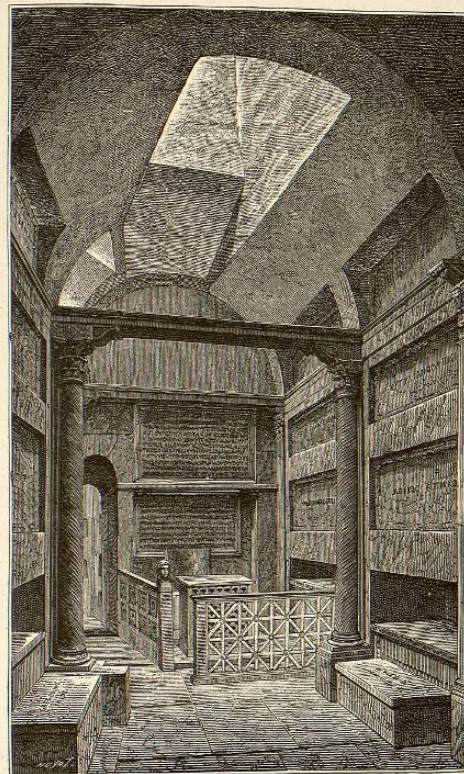


Lámina 147.—Interior de la Cripta de San Calixto, llamada también Cripta de los Papas (catacumbas de Roma), restaurada por M. de Rossi. Siglo III.—Esta cripta, reservada desde luego á la familia Cecilia, fué, por los cuidados de Calixto, que renovó sus disposiciones, el lugar donde se sepultaron los romanos Pontífices durante el siglo III. Servía á la vez de capilla y de cementerio: bajo un pórtico formado con columnas, y dentro de una balaustrada, se levantó un altar en el mismo punto donde estaban las cenizas de Santa Cecilia; todo á lo largo de las paredes, cubiertas de inscripciones y de pinturas, se hallaban unos sobre otros los sepulcros de los cristianos.

hemos de ver resplandecer sobre la frente de los bienaventurados las virtudes que practicaron, ¿por qué no hemos de ver también en la aureola de los artistas las obras de su fe y de su

amor? Éstas se nos aparecerán, no con la imperfección de su ejecución en la tierra, sino en todo el ideal de los purísimos y santos pensamientos de los que las concibieron.

LA ARQUITECTURA CRISTIANA

Su poder y su unidad de acción.—La basílica.—El monasterio.—El mueblaje y los vasos sagrados

La arquitectura tiene un origen religioso, y ante todo procuró y buscó la belleza en sus líneas y en sus proporciones con el fin de honrar á la divinidad; y jamás embelleció la habitación del hombre sino después de haber elevado los monumentos de su culto, los cuales expresan el carácter y la grandeza de las creencias y obsequios que se les tributaron. El Cristianismo, al traer la verdad y la ilustración al mundo, debió, por consiguiente, ejercer una gran influencia sobre la arquitectura é inspirarla ideas y obras que fueran dignas de la superioridad de sus dogmas.

La arquitectura acompañó desde luégo á la Iglesia en las catacumbas para cavar en ellas las galerías tan profundas, para alinear los sepulcros de los mártires, para disponer y preparar las habitaciones en que habían de celebrarse los divinos misterios, para trazar los arcos, decorar las bóvedas y para soportar por trescientos años una vida heroica y sangrienta, única con que podía alcanzarse la victoria. Luégo que con el triunfo de Constantino, juntamente con la libertad, la fué dado el derecho de gozar de la luz del día, quiso la Iglesia edificios dignos de

sus misterios, de su doctrina y de su culto, porque no la convenían los templos antiguos del paganismo. Sin embargo, se aprovechó de algunos y los consagró para que la sirviesen como preciosos despojos de los dioses vencidos, y eligió para sí la basílica romana, y, por lo tanto, la arquitectura debía ser propia y acomodada al nuevo destino y al fin más noble y más alto del templo católico.

La basílica era un monumento abierto al pueblo por la autoidad del soberano; allí era donde le administraba justicia. La entrada á ella era fácil para todos; una nave central y dos laterales permitían la circulación sin necesidad de causar ruido ni desorden; á la extremidad se hallaba el lugar destinado para los jueces, y allí era donde la ley sancionaba las transacciones y castigaba á los culpables. Ese edificio era de esa manera el centro de la vida social, y por su nuevo destino se convirtió en centro de la vida religiosa. El Rey de los reyes hizo de él su basílica y el asiento de su justicia y de su misericordia.

Es muy interesante el estudiar esa transformación de la basílica y su apropiación y destino al culto católico desde Constantino hasta el Renacimiento. La basílica de San Pablo fuera de las murallas de Roma es el tipo más notable de ella por razón de su antigüedad y de su grandeza. La basílica de San Clemente ofrece también el modelo más completo de ella. Nosotros vemos á la Iglesia organizar allí su liturgia y dar á cada uno y á cada cosa su lugar y su razón de ser.